

LA INFLUENCIA DE LA TEORÍA PSICOANALÍTICA FREUDIANA EN LA RAZÓN POPULISTA DE LACLAU

The influence of Freudian psychoanalytic theory on Laclau's Populist Reason

NEHUEN IGNACIO MONTENEGRO¹

Universidad Nacional del Nordeste
nehuenignmontenegro@gmail.com

Recibido: 07/03/2025

Aceptado: 14/07/2025

Resumen

En un contexto donde los afectos tienen protagonismo en la construcción de proyectos políticos, *La Razón Populista* de Ernesto Laclau ofrece una perspectiva valiosa para comprender cómo el afecto es la pieza movilizadora dentro del discurso político. Laclau desarrolla el concepto de *hegemonía* como un proceso de equivalencias discursivas que culmina en la constitución de identidades populares. Este artículo tiene por objetivo analizar los conceptos que Laclau recupera de la teoría psicoanalítica y exponer cómo pone en juego sus categorías para construir una lógica en torno al fenómeno del populismo. Es necesario, entonces, esclarecer los vínculos establecidos entre ambas disciplinas con el fin de revelar que no nos encontramos frente a una casual conjunción de dos ángulos que a primera vista aparecan ser homologías casuales o externas. Asimismo, se tendrá en cuenta la obra *Psicología de las masas y análisis del Yo* de Freud, para poder problematizar cómo las formaciones discursivas y hegemónicas poseen inherentemente un componente afectivo que cumple un rol fundamental dentro del esquema laclausiano. Al adentrarnos en el análisis propuesto, se entreverá un movimiento que transita desde la denigración inicial de las masas, expuesta en su discusión sobre la psicología de las masas en el capítulo 3, hacia una reivindicación del componente “irracional” y emotivo del resultado hegemónico de las operaciones discursivas de las multitudes, que así abren paso al plano del inconsciente. Surge, entonces, la pregunta sobre cómo estos *lazos libidinales* que operan en la construcción del pueblo y del discurso del mismo son elementos que tienden puentes entre demandas con el fin de hacerlas equivalentes, con el fin de constituir una hegemonía. Para responderla, debemos profundizar en la noción de investidura afectiva, para adentrarnos en el papel que juega el afecto dentro del panorama político.

Palabras claves: afecto; populismo; Ernesto Laclau; hegemonía; lazos libidinales.

Abstract

In a context where affects play a central role in the construction of political projects, Ernesto Laclau's *La Razón Populista* offers a valuable perspective for understanding how affect is the mobilizing force within political discourse. Laclau develops the concept of hegemony as a process of discursive equivalences that culminates in the constitution of popular identities. This article aims to analyze the concepts that Laclau draws from psychoanalytic theory and to explain how he uses his categories to

¹Es estudiante del Profesorado y la Licenciatura en Filosofía de la Facultad de Humanidades en la Universidad Nacional del Nordeste. Sus intereses se orientan al campo de la filosofía política contemporánea, integrando un enfoque psicoanalítico. El presente artículo se vincula a un trabajo monográfico elaborado para la cátedra Seminario I: Análisis de una obra filosófica en el año 2024, dictado por la Prof. María Cielo García Barros.

construct a logic around the phenomenon of populism. It is necessary, then, to clarify the links established between the two disciplines in order to reveal that we are not dealing with a casual conjunction of two angles that at first glance appear to be casual or external homologies. These issues will be addressed based on the incorporation of Freud's work *Group Psychology and the Analysis of the Ego*, in order to problematize how discursive and hegemonic formations inherently possess an affective component that plays a fundamental role within Laclau's scheme. Developing into the proposed analysis, a movement emerges that transitions from the initial denigration of the masses, discussed in chapter 3, toward a vindication of the "irrational" and affective dimension of the hegemonic outcome of the masses' discursive operations, thus opening the way to the unconscious. This raises the question of how these libidinal ties, which operate in the construction of both the people and its discourse, serve as elements that bridge demands to make them equivalent, ultimately constituting a hegemony. To address this, it is necessary to deepen the notion of affective investment in order to explore the role that affect plays within the political landscape.

Keywords: affect; populism; Ernesto Laclau; hegemony; libidinal bonds.

La influencia de la teoría psicoanalítica freudiana en La Razón Populista de Laclau

1. Introducción

Más allá de sus manifestaciones ideológicas o de clase, la propuesta teórica de Ernesto Laclau sitúa al populismo como un rasgo ontológico de lo político. Esta perspectiva permite pensar la política a partir del reconocimiento de las operaciones discursivo-afectivas que articulan demandas heterogéneas a través de cadenas de equivalencia, organizadas en torno a significantes vacíos que representan, de manera siempre incompleta, una totalidad inalcanzable capaz de interpelar discursivamente a las masas.

La fuerza de la propuesta laclausiana reside en el modo en que revaloriza dimensiones históricamente subestimadas en el análisis político: la indeterminación, la ambigüedad, lo retórico, y en lo que nos detendremos particularmente: la "irracionalidad". Laclau rompe con las pretensiones de racionalidad dentro de la filosofía política, para mostrar que estas dimensiones no son anomalías que obstaculicen el ejercicio democrático, sino condiciones necesarias de su posibilidad. En sus propios términos, "cualquier totalidad social es resultado de una articulación indisociable entre la dimensión de significación y la dimensión afectiva" (Laclau, 2005, p. 143), de modo que las formaciones discursivas y hegemónicas resultan indispensables sin el componente afectivo que se encuentra por detrás.

Este artículo propone reconstruir y evaluar la operación conceptual mediante la cual Laclau incorpora intuiciones procedentes de la psicología de las masas (desarrolladas por Le Bon y McDougall) y del psicoanálisis freudiano —con las resonancias lacanianas propias de Laclau— para explicar la investidura afectiva que sostiene la constitución del "pueblo". Lejos de tratarse de explorar una genealogía casual, se trata de indagar el modo en que Laclau traduce categorías psicoanalíticas al vocabulario político, específicamente en la construcción de la hegemonía, como también la noción de pueblo y liderazgo.

La originalidad del enfoque laclausiano reside en dos operaciones: por un lado, desplazar el foco desde la mera sugestión o manipulación hacia un entramado más complejo, como lo es el enlazamiento libidinal que Freud ubicó en el corazón de la configuración de la masa; por otro, dotarle al lazo libidinal

un anclaje simbólico que permite canalizar heterogeneidades hacia un proyecto político común a través del discurso. En otros términos: el afecto provee la energía, el significante vacío ofrece el punto de captura y clausura de la heterogeneidad, y la hegemonía estructura la dirección y duración de ese ensamblaje.

De este modo, el artículo aspira no sólo a explorar la filiación teórica entre Freud y Laclau —entre el psicoanálisis y la filosofía política—, sino también mostrar por qué la categoría del *afecto* resulta indispensable para pensar la política contemporánea, más en un contexto latinoamericano.

2. Psicología de las masas: su rol en la denigración de las masas

Las masas han sido históricamente marginadas como sujeto político, no tanto por desconocimiento, sino más bien por el modo en que ciertas disciplinas, al estudiar su funcionamiento de identidad, han contribuido a su exclusión. Con frecuencia, se las han asociado con una supuesta regresión del ser humano a lo instintivo e irracional, generando así un paradigma de patologización de los fenómenos colectivos. Esta patologización de las relaciones humanas, precisamente en su devenir en *multitud*, ha sido central en autores como Charcot y Gustave Le Bon.

La literatura de la psicología de las masas posee una tradición atravesada por el afán de vincular las agrupaciones humanas con la irracionalidad y la enfermedad, descalificando así su capacidad de actuar políticamente. Laclau (2005) expone que esta postura, predominante en la etapa inicial de la psicología de las masas, tiene su origen en una coincidencia estructural: la distinción entre lo racional y lo irracional se superpone con la distinción entre individuo y grupo, de modo que “el individuo experimenta un proceso de degradación social al volverse parte de un grupo” (p. 64).

El profundo temor frente al agrupamiento de los individuos en torno a estructuras colectivas que trascienden lo meramente individual no es una reacción fortuita ni puramente emocional: es el resultado de un discurso hegemónico que resguarda intereses específicos. Se ha buscado alienar al individuo de su capacidad de formar multitudes, despojándolo así de su histórico poder colectivo, y en consecuencia, de su potencial como sujeto político. Esta visión no sólo se ha mantenido en el imaginario colectivo, sino que también persiste en las diversas críticas al populismo, donde las masas son circunscritas a lo fácilmente manipulable a través de la sugestión o el contagio emocional.

Frente a este panorama, Laclau propone una relectura radical de la literatura de la psicología de las masas, con el fin de rescatar al pueblo de su denigración histórica. Su objetivo es conseguir reivindicar a las masas comprendiendo su constitución identitaria, partiendo de aquello que se utiliza para denigrarlas. Porque allí es donde reside la fuerza movilizadora de las mismas y su poder constructor.

3. La masa psicológica de Gustave Le Bon

Antes de articular su lectura con Freud, Laclau se remite a *Psicología de las masas* (2018) de Gustave Le Bon, obra que representa el desarrollo más sistemático en lo que respecta a la psicología de las masas en la época. Si bien en ella persiste una mirada patologizante, Le Bon reconoce a los fenómenos colectivos como un rasgo permanente de la sociedad moderna que debe convertirse en objeto de una nueva tecnología de poder.

En la lectura laclauiana, la noción de *sugestión* elaborada por Le Bon constituye un primer intento de explicar la cohesión de la masa a partir de mecanismos no estrictamente racionales; de aquí que destaque cómo este concepto opera en un terreno limitado por las imágenes, las palabras y las fórmulas. Freud, al reelaborar este planteo, desplaza el énfasis desde la influencia unilateral del líder hacia la estructura libidinal que sostiene los lazos entre los individuos, conceptualizada como *masa*.

psicológica. Esta noción nos conduce a hablar de una unidad mental colectiva, base rudimentaria y temprana sobre la que Laclau fundamenta su teoría de la hegemonía, permitiéndole pensar aquello que posibilita enlazar demandas e individuos en torno a un significante vacío.

Al definir la noción de masa psicológica, es fundamental comprender que, para Le Bon, la *masa* no equivale simplemente a una aglomeración de individuos, sino que constituye un ente colectivo que anula la individualidad de sus miembros, todavía caracterizados como irracionales y descontrolados. Esta transformación psicológica dentro de la masa implica que “los sentimientos y las ideas de todas las personas aglomeradas adquieren la misma dirección y su personalidad consciente se desvanece. Se forma una *mente colectiva*, sin duda transitoria, pero que presenta características muy claramente definidas” (Le Bon, 2018, p. 24).

En este sentido, Le Bon (2018) sostiene que la creación de una masa psicológica implica una unión de individuos que constituyen un solo ser “sometido a la unidad mental de las masas” (p. 24). Esta idea de unidad mental es central para comprender cómo, a pesar de estar conformadas por elementos heterogéneos, las masas desarrollan una identidad colectiva que homogeniza sus procesos psíquicos inconscientes y, por ende, sus demandas.

Esta noción de unidad afectiva sirve de base al desarrollo de Laclau sobre el populismo y la conformación de identidades populares. Lo que traza vínculos entre elementos heterogéneos es un lazo libidinal entre los individuos que permite generar cohesión social, para así constituir la identidad del pueblo como tal. En este proceso, el afecto y la identificación con un líder desempeñan un papel principal, cuestión que Laclau retomará al incorporar el enfoque freudiano. Sin embargo, antes de introducir la perspectiva freudiana, conviene analizar de qué modo Le Bon estructura este proceso mediante conceptos como la sugestión y el contagio emocional.

4. El afecto como fuerza movilizadora de la masa

Llegados a este punto, resulta pertinente introducir la reactualización del estudio de masas que significa la propuesta freudiana. Aunque en Le Bon predomina una mirada denigrante del pueblo y los fenómenos que de él se desprenden, es posible recuperar observaciones valiosas.

Su postura negativa frente al fenómeno de masas, al caracterizarlo como aquél en el que la personalidad consciente del individuo se esfuma junto con sus sentimientos e ideas, conlleva, sin embargo, el reconocimiento de una mente colectiva o alma colectiva con particularidades definidas, constituida por la orientación convergente de los individuos hacia un mismo objetivo.

Ahora bien, a pesar de identificar la existencia de un fenómeno de unidad mental de las multitudes, no examina en profundidad la naturaleza de los lazos que sostiene esa cohesión. En su lugar, apela a la sugestión como principio explicativo, sin ofrecer una elaboración conceptual detallada (noción que será examinada más adelante).

Aquí es donde Freud introduce una lectura más profunda. En lugar de limitarse a describir la unidad mental de la masa, se pregunta por la naturaleza del vínculo que la sostiene, es decir, se pregunta qué es lo que permite tal unidad. Como señala en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1975), “si los individuos dentro de la masa están ligados en una unidad, tiene que haber algo que los une, y este medio de unión podría ser justamente característico de la masa.” (p. 71).

Mientras que Le Bon opta por describir nuevas propiedades que adquieren los individuos al ser parte de una masa, Freud considera que “bastaría con decir que el individuo, al entrar en la masa, queda sometido a condiciones que le permiten echar por tierra las represiones de sus mociones pulsionales inconscientes” (p. 71).

En este sentido, queda en evidencia cómo lentamente Freud abandona la lectura que reduce la cohesión de una masa a la sugestión y la irracionalidad colectiva, y abraza la idea de que tal unión es un tejido de procesos afectivos mucho más complejos, donde entran en juego los lazos libidinales. Para Freud, los individuos que forman parte de una masa no pierden simplemente su individualidad para sumarse a una mente colectiva homogénea; en su lugar plantea que lo que ocurre es una canalización de pulsiones inconscientes que constituyen un vínculo emocional que los une entre sí en torno a un mismo punto.

La propuesta freudiana implica el abandono del análisis individual en favor del estudio del *alma* de las masas, que tal como es establecido por Le Bon, ésta es guiada casi con exclusividad por lo inconsciente, motivo por el cual es impulsiva, voluble y excitabile (Freud, 1975). De esta manera, Freud presenta una valiosa contraposición ante la lectura dominante que subestima el intelecto de las masas al considerarlas víctimas de una irracionalidad inherente, sosteniendo así que “el alma de las masas es capaz de geniales creaciones espirituales, como lo prueban, en primer lugar, el lenguaje mismo, y además las canciones tradicionales (...) Por otra parte, no se sabe cuánto deben el pensador o el creador literario individuales a la masa dentro de la cual viven” (Freud, 1975, p. 79).

En este sentido, Freud refuerza su tesis de que el individuo, aunque en un principio dirige su amor hacia sí mismo o hacia un objeto particular, es capaz de desplazar su libido hacia nuevos fines en el seno de la masa. Este desplazamiento constituye el motor de las producciones populares que configuran la cultura de una sociedad y que, a su vez, pueden también cristalizarse en proyectos políticos.

A partir de una relectura de los estudios de McDougall, Freud (1975) destaca que uno de los fenómenos más importantes y notables en la formación de las masas es el incremento de la afectividad que experimentan los individuos al integrarse en ellas. Esta intensificación de las emociones, impensable por alcanzarse fuera del contexto grupal, Freud (1975) la define como “una sensación gozosa para sus miembros entregarse así, sin barreras, a sus pasiones, y de ese modo confundirse en la masa, perder sentimiento de su individualidad” (p. 80). Este estado de entrega afectiva al grupo es lo que McDougall define como el *ser-arrastrado*, proceso en el cual el individuo se deja llevar hacia un afecto común guiado por la percepción de los signos de un estado afectivo, con el fin de ponerse en consonancia con la totalidad (Freud, 1975).

Laclau (2005) retoma esta idea y subraya la importancia de estudiar el tipo de lazos afectivos que se establecen entre los miembros de un grupo. Para él, esto requiere un análisis más profundo del fenómeno del enamoramiento colectivo, que no debe entenderse de manera literal, sino como un mecanismo afectivo que vincula a los individuos en torno a un discurso y/o liderazgo en común.

Siguiendo esta línea, Laclau (2005) sostiene que “los lazos emocionales que unen al grupo son, obviamente, pulsiones de amor que se han desviado de su objetivo original y que persiguen, de acuerdo con Freud, un modelo muy preciso: el de las *identificaciones*” (p. 77). Este amor, comprendido en un sentido amplio que integra sus múltiples acepciones, remite al *eros* platónico, que en su traducción alemana corresponde a la palabra *Liebe* [amor].

Freud (1975) establece, entonces, que los “vínculos de amor constituyen también la esencia del alma de las masas” (p. 87). Lo que en la visión más superficial de Le Bon se entendía como sugestión, Freud lo reinterpreta como un lazo afectivo más profundo que cohesiona a las masas. Los lazos libidinales son aquello que Le Bon pretendió ocultar “tras el biombo, de la sugestión” (p. 87). Así, concluye afirmando que “evidentemente, la masa se mantiene cohesionada en virtud de algún poder. ¿Y a qué poder podría adscribirse ese logro más que al *Eros* que cohesioná todo el mundo?” (p. 88).

El movimiento que realiza Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* es exponer cómo

las pulsiones libidinales no sólo encuentran su meta sexual en sí mismos y en seres individuales, sino también en grupos, en ideas y en abstracciones, o en la figura de un líder. Es esa fuerza organizadora la que funciona como mecanismo fundamental de unificación de individuos dentro de una masa.

5. La identificación

Laclau retoma el modelo de las identificaciones de Freud (1975), partiendo de la concepción del psicoanálisis que la define como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (p. 99). Este proceso, cuyo punto de emergencia se sitúa en el complejo de Edipo, adquiere una nueva perspectiva en el análisis político, donde las masas se estructuran en torno a un significante vacío que articula sus demandas. Como señalan Blanco y Sánchez (2014), “partir de la premisa de que todo vínculo social es un vínculo libidinal conlleva a un replanteamiento de todas las categorías tradicionales del campo de las ciencias sociales” (p. 413).

Desde esta perspectiva, Freud (1975) introduce la idea de una coexistencia de afectos contradictorios en la relación entre las masas y el líder. En este sentido, sostiene que “desde el comienzo mismo, la identificación es ambivalente; puede darse hacia la expresión de la ternura o hacia el deseo de eliminación” (p. 71). Laclau retoma este aporte para situarse en un punto intermedio que supere tanto la noción de una mera manipulación por parte del líder como la idea de una total perplejidad emocional de las masas. Esto se debe a que considera que el proceso de identificación está estructurado de una manera mucho más compleja entre el afecto y las demandas sociales, donde el líder cumple la función de eje articulador.

Laclau (2005) recupera de Freud la noción de la existencia de tres formas principales de identificación: “primera, con el padre; segunda, con el objeto de la elección amorosa; la tercera puede surgir (...) a raíz de cualquier nueva percepción de una cualidad común compartida con alguna otra persona que no es objeto de las pulsiones sexuales” (p. 78). Es en esta tercera forma de identificación donde Laclau encuentra un mecanismo para explicar cómo se articulan las demandas particulares, no tanto a partir de la identificación directa con una figura, sino a través de la cohesión en torno a una universalidad de significaciones compartidas que posibilitan una identificación parcial.

Este proceso permite a los sujetos encontrar un espacio de reconocimiento y pertenencia en el discurso populista, mediante la articulación de sus demandas y afecto en torno al vacío que supone el líder. Además de personificarlas también las contiene discursivamente, las resignifica y redirecciona. Como afirma Freud (1975), “mientras más significativa sea esa comunidad, tanto más exitosa podrá ser la identificación parcial, y así, corresponder al comienzo de una nueva ligazón” (p. 101).

Aquí es donde Laclau introduce la idea freudiana según la cual esas características en común entre los miembros del grupo “reside en el modo de ligazón con el conductor” (Freud, 1975, p. 101), de modo que “el individuo renuncia a su yo ideal y lo permute por el ideal del grupo corporizado en el líder” (Laclau, 2005, p. 83). En este sentido, Freud estaría afirmando que el líder solo será validado en tanto que comparta características con aquellos que pretende liderar. Ya no es suficiente establecer un lazo libidinal con el mismo, sino poder identificarse con él. Lo que en palabras de Laclau, significa que los liderados son *in pari materia* con el líder, y éste se vuelve *primus inter pares*.

Laclau (2005) argumenta que “Freud también era consciente de la imposibilidad de reducir este proceso de formación del grupo al rol central del jefe autoritario de la horda” (p. 85). Su intención es distanciarse de la idea de la sugestionabilidad, para así también cortar vínculos con el posible control despótico de un líder populista. Gracias al desarrollo del concepto de *identificación*, Laclau consigue sostener que “si el líder lidera porque presenta de un modo particularmente marcado rasgos que son comunes a todos los miembros, ya no puede ser en su pureza, el dirigente despótico narcisista” (p. 84).

Así, la figura del líder toma otro tinte, ya que participa de la sustancia misma de la comunidad, por ende, comparte rasgos de la misma y es posicionado tal corporización del ideal de grupo.

Es en este punto, Laclau opta por citar extensamente a Freud, pues considera que aún queda mucho que investigar en relación a la morfología de las masas. Por ende, plantea la siguiente cuestión: “el conductor puede ser sustituido por una idea, algo abstracto, respecto de lo cual las masas (...) constituirían la transición; si ese sustituto podría ser proporcionado por una tendencia compartida, un deseo del que una multitud pudiera participar” (Freud, 1975, p. 95).

6. La hegemonía, el afecto y el significante vacío.

Como se ha mencionado anteriormente, Laclau realiza una reivindicación de las masas encontrando su poder en aquello que ha sido tradicionalmente motivo de denigración. Al abordar las críticas que reducen el populismo a un fenómeno irracional o carente de sustancia, Laclau (2005), invierte la perspectiva habitual y aclara su enfoque:

Nuestro objetivo (...) ha sido, en gran medida, invertir la perspectiva analítica: en lugar de comenzar con un modelo de racionalidad política que entiende al populismo en términos de lo que le falta –su vaguedad, su vacío ideológico, su anti intelectualidad, su carácter transitorio–, hemos ampliado el modelo o la racionalidad en términos de una retórica generalizada (la cual, como veremos, puede ser denominada «hegemonía»), de manera que el populismo aparezca como una posibilidad distintiva y siempre presente de estructuración de la vida política. (p. 20)

Posteriormente, Laclau introduce con mayor claridad las categorías de *hegemonía* y *significante vacío*, partiendo de la noción de que tratamos con identidades puramente diferenciales. Esto implica concebir a la masa por su heterogeneidad, en contraste con Le Bon, quien concebía que el individuo pierde su mismidad cuando conforma una multitud, transformando así la heterogeneidad en homogeneidad. Sin embargo, reconocer las particularidades de los individuos no implica adoptar el sesgo individualizador propio del neoliberalismo. Por el contrario, al comprender a las masas populares y grupos sociales como fenómenos esenciales del ser humano, “debemos, en cierta forma, determinar el todo dentro del cual esas identidades, como diferentes, se constituyen” (Laclau, 2005, p. 93).

Llegado a este punto, resulta evidente cómo los aportes de Le Bon y Freud adquieren una nueva forma en la teoría laclausiana, motivo por el que propongo un repaso. Le Bon, por un lado, aportó que para la constitución de una masa psicológica la personalidad consciente se disuelve en un alma colectiva, que se cohesioná en torno a un hipnotizador mediante la sugestión. Freud da un paso más allá al identificar en la obra de Le Bon la noción de una unidad a la que se encuentran ligados los individuos para constituirse como homogeneidad, a pesar de indicar su equivocación con respecto al punto de anclaje de esas particularidades. Freud (1975) encuentra allí lo característico de la masa: que aquello que los unifica son afectos, lazos libidinales, pulsiones de amor desviadas de sus metas originarias, “cohesionadas en virtud de algún poder” (p. 88).

Laclau radicaliza el descubrimiento freudiano con respecto a los lazos libidinales trasladándolo al análisis político bajo la noción de *afectos*. Plantea que, aunque éstos son fundamentales para la cohesión entre demandas particulares y los individuos que las enuncian, en contextos de heterogeneidad extrema —como el de las sociedades contemporáneas—, los lazos afectivos, por sí solos, no bastan para sostener la unidad de las masas. En otras palabras, el efecto es condición necesaria pero no suficiente: para convertirse en una fuerza hegemónica, debe articularse a través de un elemento simbólico que canalice y unifique la energía libidinal.

Ese elemento es el *significante vacío*: un punto simbólico que actúa anclando demandas y afectos en torno a un horizonte en común. Al tratar con identidades puramente diferenciales, Laclau subraya

que estas no existen en un vacío, sino que se constituyen en relación con otras mediante una lógica diferencial. Para que estas identidades diferenciadas puedan articularse como un todo coherente —es decir, en un proyecto hegémónico—, se requiere un punto de referencia común. Ese punto carece de términos positivos y funciona como un espacio abierto capaz de representar demandas heterogéneas sin poseer un contenido propio; su fuerza reside precisamente en esa *vacuidad*.

Es a partir de la conceptualización de la hegemonía que emerge necesariamente la noción de significante vacío, como un punto de captura y clausura de la afectividad social, concentrando en sí los enlazamientos libidinales y discursivos de la masa, y operando como núcleo simbólico desde el cual se construye la hegemonía. En este sentido, la hegemonía no es posible sin un significante vacío que organice afectos y demandas en una representación común, ni este significante podría operar sin una investidura afectiva que lo dote de fuerza movilizadora. Como explica Laclau (2005) “los complejos que denominamos ‘formaciones discursivas o hegémónicas’, que articulan las lógicas de diferencia y de equivalencia, serían ininteligibles sin el componente afectivo” (p. 143), debido a que el afecto se constituye a través de la catexia diferencial de la cadena de demandas y discursos equivalentes.

Entonces, el significante vacío resulta fundamental para las operaciones hegémónicas en tanto es a través de él que se puede representar una totalidad inalcanzable, una identidad colectiva que articula demandas que, aunque diferentes, encuentran en su vacuidad un espacio de identificación común. En sus propias palabras:

La única posibilidad de tener un verdadero exterior sería que el exterior no fuera simplemente un elemento más, neutral, sino el resultado de una exclusión, de algo que la totalidad expele de sí misma a fin de constituirse (para dar un ejemplo político: es mediante la demonización de un sector de la población que una sociedad alcanza un sentido de su propia cohesión). Sin embargo, esto crea un nuevo problema: con respecto al elemento excluido, todas las otras diferencias son equivalentes entre sí —equivalentes en su rechazo común a la identidad excluida—. (Laclau, 2005, p. 78).

Freud ya había señalado que lo que mantiene unida a la masa es, en gran parte, una hostilidad común hacia un elemento exterior, resultado de una exclusión. Este proceso permite que las diferencias entre los individuos se desdibujen temporalmente en favor de una identificación con el grupo. Laclau toma este concepto y lo expande a otro ámbito, afirmando que esta lógica de la equivalencia entre diferencias, articulada en torno a un significante vacío, es lo que permite la construcción de una hegemonía.

Por lo tanto, para que la masa pueda articularse de forma efectiva en torno a un proyecto político común, se necesita encontrar un equilibrio entre la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia. La lógica de la diferencia permite que las demandas mantengan su particularidad, mientras que la lógica de la equivalencia hace posible que estas demandas se unifiquen bajo una misma identidad (Laclau, 2005).

Sin embargo, sugerir un equilibrio no implica pretender su eliminación, ya que en “el *locus* de la totalidad hallamos tan sólo esta tensión (...) lo que tenemos, en última instancia, es una totalidad fallida, el sitio de una plenitud inalcanzable” (Laclau, 2005, p. 79). Por lo tanto, es en un horizonte inalcanzable donde es posible que funcione una totalidad como la masa, que posee en sí identidades diferenciales. El significante vacío no llena por completo el vacío de significado, sino que permite que las diferencias se mantengan en tensión dentro de un proyecto común:

La totalidad constituye un objeto que es a la vez imposible y necesario. Imposible porque la tensión entre equivalencia y diferencia es, en última instancia, insuperable; necesario porque sin algún tipo de cierre, por más precario que fuera, no habría ninguna significación ni identidad. (Laclau, 2005, p. 79)

Aquí es posible identificar que Laclau retoma el supuesto freudiano de que las masas se cohesio-

nan no sólo por la identificación con un líder, sino también por una exclusión común, que permite que las diferencias internas se subsumen bajo una equivalencia momentánea. Así, la hegemonía se configura como la capacidad de una identidad particular para articular, a través de un significante vacío, un conjunto heterogéneo de demandas y afectos, manteniendo su diferencia pero orientándolos hacia un mismo horizonte, y así asumiendo el lugar de esa totalidad imposible. La cohesión de las masas en torno a un proyecto político sólo puede alcanzar su magnitud y conseguir su posteridad en tanto no pretenda eliminar las diferencias entre identidades y demandas particulares, sino articularlas bajo un significante vacío investido afectivamente.

El significante vacío no puede ser aprehendido totalmente desde un marco conceptual puro. La representación es más amplia que la comprensión conceptual, ya que, como indica Laclau (2005), la representación de una totalidad no es una operación puramente conceptual, sino que involucra elementos simbólicos y afectivos. De esta forma, resulta evidente cómo el afecto juega un papel importante en la representación política, ya que opera como el motor que permite que el significante vacío funcione como punto de articulación y adquiera eficacia política, pues debe haber una investidura afectiva que movilice a los sujetos, pues ahí es donde reside la *fuerza de la investidura*: en su *afectividad* (Laclau, 2005).

Es en este punto donde nos encontramos frente a la hegemonía como la comprende Laclau: una identidad particular que asume la representación de una totalidad incommensurable, lo que significa que su cuerpo se divide entre la particularidad que aún es y la significación universal que encarna. La hegemonía, el significante vacío y los afectos, lejos de ser elementos aislados, son dimensiones interdependientes de una misma operación política: el afecto provee la energía libidinal que hace *poner de sí* al pueblo, la vacuidad del significante permite el enlazamiento a través de la identificación, y la hegemonía organiza esa articulación en una dirección determinada, a través de la privilegiación de un elemento:

Por un lado, tenemos que *toda* identidad social (es decir, discursiva) es constituida en el punto de encuentro de la diferencia y la equivalencia, del mismo modo que las identidades lingüísticas constituyen la sede de relaciones sintagmáticas de combinación y de relaciones paradigmáticas de sustitución. Sin embargo, por otro lado, existe un desnivel esencial en lo social ya que, como hemos visto, la totalización requiere que un elemento diferencial asuma la representación de una totalidad imposible. Así, una determinada identidad procedente del campo total de las diferencias encarna esta función totalizadora. Esto –para responder a nuestra pregunta previa— es exactamente lo que significa privilegiar. (Laclau, 2005, p. 107)

7. Conclusión

A lo largo del presente artículo en torno a *La Razón Populista* de Ernesto Laclau, se ha explorado cómo se redefine el papel del afecto en la construcción de identidades políticas y en la constitución de una hegemonía, estableciendo un diálogo entre los aportes rudimentarios de Le Bon, la teoría psicoanalítica de Freud y la teoría política de Laclau. Esta reinterpretación, que se apoya en la idea de la hegemonía como un proceso discursivo en el que el afecto y la investidura libidinal juegan un papel esencial, nos han llevado a entender el populismo como un fenómeno articulador de demandas sociales heterogéneas.

La finalidad del mismo ha sido profundizar en la utilización extensiva por parte de Laclau de la categoría del afecto como elemento aglutinador en la conformación de un pueblo, para así explicar los fenómenos políticos populistas. Este proceso, que inicia con un reconocimiento de la denigración histórica de las masas, pasa por una necesaria revisión de la literatura de la psicología de las masas de Le Bon hasta el corpus teórico freudiano, para así culminar con una reivindicación en la teoría laclausiana. En esta propuesta, lo que tradicionalmente se ha considerado como un aspecto negativo

—la emotividad y la “irracionalidad” de las masas— se aprecia como un elemento que posee una fuerza constructora que permite a los sujetos políticos movilizarse hacia un horizonte común luego de una articulación de demandas.

Así como los individuos fueron históricamente denigrados a la hora de constituirse como parte de una *masa*, por ser un elemento activo del pueblo, consecuente y lógicamente el populismo también será relegado al campo de lo irracional y por ende lo ilegítimo. En oposición, Laclau nos conduce a reconocer que el populismo posee una lógica interna que logra trazar con la utilización de categorías psicoanalíticas, de esta manera comprobando que el populismo posee una razón que no es menos legítima por ser construida sobre las bases de aspectos inconscientes, pasionales y afectivos. El populismo entendido como una forma de hacer política, sobre la que Laclau apuesta que es la única manera de hacer política. Es una lógica, una racionalidad, que contiene dentro de sí los afectos de las masas, con el fin de redireccionarlos hacia un horizonte común construido como una totalidad imposible. El populismo entendido como esa lógica política que consiste en constituir equivalencias entre demandas diferenciales en torno a una demanda hegemónica que funcione como significante vacío, frente a una frontera que excluye lo que *no es*, con la finalidad de reforzar las identificaciones del grupo y construir una identidad.

El contexto político argentino resulta un terreno fértil en el cual poder utilizar la teoría de Ernesto Laclau para analizarlo, ya que se destaca por estar dominado por la lógica populista, especialmente aquellos proyectos políticos que lograron trascender por fuera de las urnas y la institucionalidad democrática (en términos laclauianos). Por otro lado, también nos encontramos con otros proyectos políticos que no lograron conformar un discurso hegemónico que pueda contener dentro de sí diversas demandas particulares de la sociedad, mucho menos lograr movilizar afectos que consoliden una fortaleza para el mismo proyecto, el cual cumple la función de horizonte. Al fin y al cabo, es un contexto político donde las identidades políticas agonizan por la fragmentación, la cual tiene por detrás una crisis de representación latente. En el que el pueblo es constituido como tal a través de la negación de sí, estableciéndose de esta manera un paradigma individualizante.

El desarrollo teórico con respecto a la centralidad del afecto dentro de la teoría política, no sólo habilita una perspectiva para analizar el pasado, sino que también ofrece herramientas analíticas para comprender el presente. Pero además, me atrevo a afirmar que *La Razón Populista* de Ernesto Laclau funciona como una *caja de herramientas* desde la cual podemos encontrar aquellos elementos que nos permitan construir un camino, establecer un horizonte común, una alternativa frente a fenómenos políticos fascistas u otros que al atenerse a satisfacer demandas democráticas limitan su acción y capacidad de construcción política.

Referencias bibliográficas

- Blanco, Ana Belén y Sánchez, María Soledad. (2014). ¿Cómo pensar el afecto en la política? Aproximaciones y debates en torno a la Teoría de la Hegemonía de Ernesto Laclau. *Revista de Ciencia Política*, 24(2), 399-415. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/102269>
- Freud, Sigmund. (1975). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Amorrortu editores.
- Laclau, Ernesto. (2005). *La Razón Populista*. Fondo de Cultura Económica.
- Le Bon, Gustave. (2018). *Psicología de las masas*. Omegalfa.